

Res publica, 1, 1998, pp. 103-119

Experiencia y política en la historia conceptual*

Faustino Oncina Coves

RESUMEN

Mi contribución pretende examinar el trasfondo político de la *Begriffsgeschichte* de Reinhart Koselleck tanto en su vertiente metodológica como teórica. Este autor ha indicado las afinidades electivas entre una historia conceptual apegada a las fuentes textuales concretas, por un lado, y una epistemología de la historia con ambiciones trascendentales y extratextuales, por otro. El punto intermedio lo ocupa la semántica histórica, aplicada paradigmáticamente al tránsito del Absolutismo a la Revolución Francesa. Habermas y la Escuela de Cambridge (Pocock y Skinner) se han enfrentado a la descripción ideológicamente parcial de ese paso y a la metodología empleada. Según Habermas, la satanización de la publicidad y de la opinión pública como *casus belli*, que la excluye como principio de racionalidad política, desvela la filiación schmittiana de Koselleck. La doctrina trascendental de la historia, la *Histórica*, es conservadora al enmascarar intereses continuistas con el pasado más aciago de Alemania. Pocock denunciará la extrapolación de una metodología sólo válida para la cultura nacional alemana, esto es, la germanización de la historia conceptual.

Frente al tiempo acelerado de la modernidad, en la que, por su máxima asimetría, alcanzan una óptima visibilidad las dos principales categorías metahistóricas, espacio de experiencia y horizonte de expectativa, Koselleck quiere ralentizar prudentemente ese ritmo frenético mediante un equilibrio entre tradición y porvenir. Pero Koselleck no rentabiliza el potencial de crítica y de autocrítica ínsito en sus aportaciones por su falta de voluntad de problematizar en su propio caso las tensiones dinámicas entre concepto y estructura o la versatilidad de la noción de praxis (ya como aplicación hermenéutica del sentido, ya como intervención a largo plazo en el mundo). La *Begriffsgeschichte* alberga todos los ingredientes para estimular la reflexión sobre un uso público de la historia o de la razón histórica. En su uso público abogarí por indagar, retrospectivamente, el significado de una imputación de responsabilidades en aras, prospectivamente, del entendimiento recíproco de los ciudadanos.

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación PB94-0131-C03-03 de la D.G.I.C.Y.T. y recibió su redacción definitiva en la Universidad de Mainz gracias a una ayuda para estancias cortas en el extranjero de la Universitat de València.

ABSTRACT

My contribution is an attempt to examine the political background of Reinhart Koselleck's *Begriffsgeschichte*, both in its metodological and theoretical aspects. This author has indicated the elective affinities between a conceptual history attached to the textual specific sources, from one side, and an epistemology of history with trascendental and extra-textual ambitions, from the other. A halfway position corresponds to the historical semantics, paradigmatically applied to the transition from Absolutism to the French Revolution. Habermas and the Cambridge School (Pocock and Skinner) have confronted the ideologically partial description of this step, and the metodology employed for it. According to Habermas, satanization of publicity and public opinion as *casus belli*, wich excludes both of them as principle of political rationality, reveals the schmittian filiation of Koselleck. The trascendental doctrine of history, the *Historik*, is conservative because it masks the interest of finding a continuity with the most fateful past of Germany. Pocock denounces the extrapolation of a methodology valid only for the German national culture, that is, the germanization of all the conceptual history.

In front of the accelerated times of modernity, in wich the two main metahistoric categories —experience space and horizon of expectation— achieve, because their maximum assymetry, the greatest visibility, Koselleck aims to slow cautiously that frenetic rhythm with a balance between tradition and future. But Koselleck does not profit the potential of criticism and self-criticism implied in his contributions because his lack of will to questioning, in his own case, the dynamic tensions between concept and structure or the versatility of the notion of praxis (as hermeneutic application of sense, or as intervention at long-term in the world). The *Begriffsgeschichte* contains all the ingredients to the reflection on a public use of history or historic reason. In its public use, he would plead for a retrospective inquire on the meaning of an imputation of responsibilities, in a prospective search to come to a reciprocal understanding among the citizens.

La vocación política de la *Historia conceptual* es incontestable. En ella forma y fondo, método y objeto se alían en un contubernio vituperable, o, al menos, vituperado desde diversos frentes filosóficos e historiográficos. Metodológicamente ha escogido como objeto preferencial de estudio un período rabiosamente político, cuya conceptualización se haya transida de una cuádruple impronta que a su vez rezuma *pathos* político: temporalización, democratización, ideologización y politización.

Es fácil, por tanto, que esta sobredosis política caiga en la tentación de racionalizar o acicalar intereses espurios, y, en cualquier caso, resulta inevitable que, dada la enorme influencia que está alcanzando en las ciencias humanas, sus detractores, imbuidos de un afán de crítica ideológica, llamen la

atención sobre el arraigo de la historia conceptual en una ciénaga protonazi. Además, la historia conceptual sigue extendiéndose como una hiedra allende el espacio idiomático alemán, captando adeptos indistintamente entre la intelectualidad de la izquierda y de la derecha, sin que, admitiendo a regañadientes la monumentalidad de sus frutos científicos, nadie se atreva a podarla o a arrancarla de cuajo. Aparece así cada vez más cuestionada a la par que incuestionable. Esta grosera hostilidad ha coadyuvado, paradójicamente, a la exuberancia de la historia conceptual; no ha logrado marchitar su prestigio sino que, al contrario, derrocha lozanía. Sus promotores, sobre todo Koselleck, recibe laureles sin cesar¹. La necesidad de dar respuesta a los agravios ha conseguido rejuvenecer su programa introduciendo en el mismo toda una gama de elementos teóricos que le han hecho ganar en prestancia especulativa.

A primera vista podríamos apreciar una fractura abisal entre los primeros vástagos de la historia conceptual y los más recientes, entre los trabajos precoces de Koselleck y los maduros. Sin embargo, *ex post* se ha esmerado en proponer vasos comunicantes entre la historia conceptual más apegada a las fuentes y a los textos concretos, por un lado (*Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*)², y una epistemología de la historia con ambiciones extratextuales, irreductible a la mera crítica de fuentes, que ha llamado *Histórica (Hermenéutica e Histórica)*³, por otro. El gozne entre ambos momentos lo representaría la prodigiosa obra *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*⁴. En ella, esto es, en la *semántica histórica*, que posee un rango epistémico superior a la *historia conceptual (Begriffsgeschichte)*, se apunta ya el trecho que conduce lógicamente a la *Histórica*: «A la historia conceptual le compete medir y estudiar esta diferencia o convergencia entre conceptos antiguos y categorías actuales del conocimiento. En este sentido... la historia de los conceptos es una especie de propedéutica para una teoría científica de la historia (Wissenschaftstheorie

1 «Dritte Verleihung des Preises des Historischen Kollegs am 23. November 1989 an Professor Dr. Reinhart Koselleck», en: *Schriften des Historischen Kollegs*, Munich, 1991. En el discurso laudatorio R. Vierhaus encomió su labor hasta tal punto que lo consideró el historiador más influyente de su generación: «er ist unter den Historikern seiner Generation derjenige, der die stärksten Anregungen zum Nachdenken über die Geschichte gegeben und sich am intensivsten um die Bestimmung des Wesens historischer Erkenntnis bemüht hat» (p. 34).

2 *Kritik und Krise. Eine Studie zur Genese der bürgerlichen Welt*, Karl Alber Verlag, Friburgo/Munich, 1959 (ed. cast.: Rialp, Madrid, 1965).

3 *Hermeneutik und Historik*, C. Winter Universitätsverlag, Heidelberg, 1987 (ed. cast.: *Historia y hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1997 —citaremos por esta edición—).

4 *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Suhrkamp, Frankfurt, 1979. Remitiremos a la edición castellana de *Futuro pasado* mediante la abreviatura FP (Paidós, Barcelona, 1993), aunque no nos atendremos a dicha traducción.

der Geschichte); la epistemología de la historia conduce a la Histórica (Historik)» (FP, 334).

Pero lo sorprendente es que Koselleck, bien instalado en su atalaya metateórica de la *Histórica*, haya pretendido ver en su tesis doctoral, *Crítica y crisis*, los pasos que acabamos de mencionar, ubicados en un estrato de reflexión bastante más elevado que el desplegado en su iniciación académica. En su disertación se muestra avaro de reflexiones teóricas y metodológicas, y procura hacer algo así como trabajo de campo, pero en el enjundioso prólogo a sus sucesivas ediciones de bolsillo —la primera data de 1973 y la octava acaba de aparecer este mismo año— sí ha porfiado expresamente en anclar la praxis historiográfica en una *teoría* que desmiente la pronta acusación de haberse limitado a reivindicar la ejemplariedad ingenua de la historia (naiven Beispielhaftigkeit der Historie), la *historia magistra vitae*: «Hoy ya no cabe derivar inmediatamente de la historia (Historie) enseñanzas históricas (geschichtliche), sino que pueden transmitirse sólo a través de una teoría de las historias posibles (Theorie möglicher Geschichten) [Histórica]. Así el trabajo se mueve en un cierto nivel de abstracción; intenta poner de relieve procesos a largo plazo de la modernidad»⁵.

En *Crítica y crisis* presenta una fascinante y escabrosa genealogía de la modernidad, la cual tiñe alevosamente de claroscuros. Describe con brillantez, aunque con insolencia, el tránsito de las guerras de religión a la Revolución Francesa, un tránsito necesario, habida cuenta del tipo de Ilustración imperante en Europa. Tras la ruptura de la unidad de la Iglesia, los problemas de conciencia individual han desencadenado las guerras de religión. Con miras a clausurar este período de anarquía sangrante la monarquía instituye la razón de Estado. Dispensado de toda responsabilidad política, el súbdito es confinado al dominio de las convicciones morales privadas. El fuero interno y la acción exterior, el hombre y el ciudadano configuran en adelante una estricta dicotomía. Pero el juicio de las élites no tarda en afrontar las leyes del Estado. Ocultándose de éste, los clubes, las logias masónicas y las repúblicas de las letras instruyen un proceso político. La crítica de las Luces se concibe como soberana y para ella todo poder del Estado es un abuso de poder. Con un gesto mimético de la antigua teología, la filosofía de la historia anuncia el triunfo utópico de la libertad, es la ejecución del plan urdido por la moral. Al continuar negando la autoridad áulica protagonismo político a los ciudadanos, se torna ineluctable la revolución. El anonimato político de la Ilustración significa la soberanía de la utopía con la conquista del seudónimo de la Revolución. Es la crisis. Nacido del fin de las contiendas civiles, es en la

5 «Vorwort zur Taschenbuchausgabe», Francfort, 8ª reimpr., 1997, p. IX.

guerra civil que el Estado absolutista va a desmoronarse en 1789. Mas también la guerra será la secuela de la Revolución⁶.

En suma, compendiará Koselleck en el prólogo aludido, conviene trazar un límite infranqueable entre Ilustración y utopía, porque «toda Ilustración se ve expuesta tarde o temprano a situaciones conflictivas (Konfliktlagen) que, para descifrarlas racionalmente, requiere una transposición de la mera crítica en modos de comportamiento político» («Vorwort», p. X) que suelen adoptar, según el modelo presentado, la forma de crisis bélica, de guerra civil. Nosotros continuamos participando de la trama ahí descrita: «pues, a pesar de su carácter único (Einmaligkeit), una época pasada —interrogada su estructura— puede contener momentos duraderos (Momente der Dauer) que llegan a penetrar en nuestro tiempo» (p. IX). Lo enojoso de esta afirmación es que la formula cuando dispone de una alternativa menos comprometedora *prima facie*, esto es, vía historia conceptual o semántica histórica, como hemos constatado con anterioridad, para explicar el acceso a la Histórica. En una palabra, las mismas sospechas que se ciernen sobre su reconstrucción de la modernidad, plagada de tortuosos meandros ideológicos, gangrenan la doctrina trascendental de la historia.

Habermas reaccionó de inmediato, ya en 1960, y acusó a Koselleck de haberse alineado con la revolución conservadora al apostar por una especie de «urbanización de la provincia schmittiana». La satanización de la publicidad y de la opinión pública como *casus belli*, que las excluye como principio de racionalidad política, desvela cuáles son sus filiaciones⁷. Por el nudo estable-

6 «La Ilustración, obligada al «camuflaje» político, sucumbió ante su propia mixtificación. La nueva élite vivía en la evidencia de una normatividad moral cuyo sentido político radicaba, desde luego, en la antítesis con respecto a la política absolutista; la escisión de moral y política gobernó a la crítica y legitimó una toma indirecta del poder, cuya significación política real, sin embargo —y ello precisamente debido a su autocomprensión dualista—, permaneció oculta para sus actores. Desvelar este encubrimiento en cuanto tal encubrimiento fue la función histórica de la filosofía de la historia. Ella es la hipocresía de la hipocresía en la que había degenerado la crítica. [...]. Porque la relación indirecta con la política, esto es, la utopía, que desde la formación secreta de un frente contra el soberano absolutista, constituido por la sociedad, aparece dialécticamente en liza, transformóse en las manos del hombre nuevo en un capital carente de cobertura política. El pagaré fue saldado por vez primera en la Revolución francesa» (*Crítica y crisis*, ed. cast., pp. 339-340).

7 «Pues, efectivamente, ni se ve a primera vista por qué la «guerra civil» —por oposición a las guerras de los Estados entre sí— tiene que ser considerada como lo absolutamente malo; ni tampoco resulta claro por qué esa «ocultación de lo político» —primero en forma de crítica literaria de los mandatos del príncipe según criterios de humanidad y después en forma de una vinculación del soberano a las normas generales emanadas del parlamento— tiene *eo ipso* que sumergir en el terror de la guerra civil. En pocas palabras, la tesis del libro de que la crítica establecida como poder político indirecto lleva necesariamente a la crisis no resulta convincente cuando se la toma en puridad. [...]. Pero Koselleck al identificar, por una parte, las opiniones

cido por el propio autor, la *Histórica* es conservadora, enmascara intereses continuistas con el pasado más aciago de Alemania⁸. Aunque estos ataques tremebundos están a menudo aquejados de una excesiva trivialización del planteamiento de Koselleck, éste hiperboliza y dramatiza la índole conflictiva de la Ilustración a fin de abolir —esa es la impresión— el mismo principio de la conflictividad. Confunde ilustrado e iluminado, y distorsiona figuras emblemáticas de la Ilustración, p.ej., a Lessing, a quien convierte en una propedéutica de la revolución⁹, que no resuelve el conflicto, sino que lo magnifica y lo ensangrenta. De este modo se vinculan arteralmente los destinos del programa ilustrado y del jacobino, y el terror pasa a ocupar el punto de fuga de la promesa de emancipación. La lección sensata de que no todo es lustre en la Ilustración se ve acallada por la urgencia de buscar un antídoto contra la implosión social que desencadena y el recurso de un conservadurismo como forma de conjurar la disipación y recomponer la cohesión.

En la poderosa *Introducción* al diccionario *Conceptos históricos fundamentales*¹⁰ expone de manera más elaborada la idea de que todavía hoy somos

privadas con la opinión pública y desacreditar, por otra, el principio de la opinión pública como un principio de guerra civil, no tiene más remedio que desconocer la intención objetiva de ese espacio de la opinión pública... De acuerdo con la autocomprensión de esa esfera, el objetivo de la publicidad de las decisiones políticas era... conseguir mediante la discusión pública que la actividad del Estado concordara con el interés de la nación, fácticamente con el interés de clase de la burguesía. Lo que se buscaba no era una moralización de la política como tal, sino una racionalización de la misma, mediada por el principio de publicidad» («Crítica de la filosofía de la historia (1960)», en: *Perfiles filosófico-políticos*, Taurus, Madrid, 1975, pp. 384-386). La antropología política que subyace al libro muestra su «conexión con el pensamiento de la revolución conservadora: como representantes de lo cual se considera a Carl Schmitt, a Hans Freyer y a Arnold Gehlen. [...] Pero esta categoría de guerra civil se define negativamente por referencia a una organización del poder político que encuentra en la persona del monarca absoluto su tipo ideal; al mismo tiempo supone que el restablecimiento del orden perturbado es algo deseable. Pero nosotros sabemos muy bien que bajo las condiciones sociales actuales tal orden sólo podría ser posible en forma de un Estado totalitario. Carl Schmitt, a quien debemos la formulación clásica del *topos* de la guerra civil, sacó también esta conclusión e incluso con toda decisión» (pp. 389-390).

8 D. VAN LAAK, *Gespräche in der Sicherheit des Schweigens*, Akademie Verlag, Berlín, 1993. En la reseña que hace Habermas para *Die Zeit* (3.12.1993) echa de menos que no le dedique un retrato monográfico a Koselleck como uno de los valedores de Schmitt en la actual Alemania («Carl Schmitt en la historia de la cultura política de la República Federal. La necesidad de continuidades alemanas», en: J. HABERMAS, *Más allá del Estado nacional*, Trotta, Madrid, 1997, p.130). Habermas, por otra parte, parece no ser consciente de que su *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (1962) tiene una importante deuda contraída con Koselleck.

9 «La revolución oculta contra el Estado: La función política de la logia secreta (Lessing)», en: *Crítica y crisis*, ed. cast., p. 155 ss.

10 O. BRUNNER, W. CONZE y R. KOSELLECK (comps.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Klett-Cotta, Stuttgart, vol. I, 1972, pp. XIII-XXVII.

la herencia viva de la tradición gestada en ese parto de un siglo, haciendo de nuestro presente, de nosotros, coetáneos del *Sattelzeit*. En el arco temporal que va de 1750 a 1850 se acuñan significaciones conceptuales que ya no necesitan de una ulterior traducción para que las entendamos aquí y ahora, pues engrosan nuestro bagaje cultural, configuran nuestras señas de identidad, nuestro patrimonio semántico al servicio de la autoconciencia sociopolítica. En una reciente conferencia¹¹ celebrada en Washington sobre los *Geschichtliche Grundbegriffe* han medido sus fuerzas la historiografía anglófona más admirada (Pocock, Skinner), por un lado, y la historia conceptual germana, por otro. Ambas estrategias comparten tema de estudio, el lenguaje político tratado de una manera estrictamente histórica, y ambas insisten en que el pensamiento y el comportamiento políticos, ahora y en el pasado, no pueden ser entendidos sin referencia a los vocabularios distintivos usados por agentes en sus contextos originales. Pero una de las manzanas de la discordia entre ambas escuelas estriba en el estatuto de la *Sattelzeit* en la *historia conceptual*. Los cuatro cambios característicos en los conceptos atribuidos por Koselleck al *Sattelzeit* en la Europa continental fueron temporalización, democratización, ideologización y politización. Pero Pocock no los reconoce como los elementos más significativos de los discursos en liza en Gran Bretaña entre 1780 y 1830. Koselleck ha estado escribiendo sobre historia alemana —lo cual no es del todo cierto, pues, por ejemplo, en *Crítica y crisis* se refiere al mundo francés y británico—, y la historia de los conceptos es «histórica, cultural y nacionalmente específica». La objeción de Pocock puede golpearle, como un bumerán, al propio planteamiento de la historia de los discursos de la escuela de Cambridge, pues su viabilidad sólo parece acreditada para el caso de Gran Bretaña. La velada acusación a la *Begriffsgeschichte* de llevar a cabo una gratuita extrapolación de una metodología sólo válida para el caso germano, esto es, de un distorsionador irredentismo conceptual, puede tornarse un déficit de Pocock, pues insinúa que cada país —y luego, unidades geopolíticas menguantes— exige una estrategia peculiar de estudio, inconmensurable con otras, arrojando el peligro del solipsismo metodológico.

Con posterioridad Koselleck ha tratado de relativizar la preeminencia ontológica que le concede a este intervalo cronológico, pero aquí no está a la altura de sí mismo, pues rebaja lo que constituye una premisa heurística decisiva no sólo para su *Léxico* sino también para su investigación del tiempo histórico como categoría trascendental de la *Histórica* a una anécdota académica banal. Concebido inicialmente como slogan o lema en una solicitud de

11 M. RICHTER, «Opening a Dialogue and Recognizing an Achievement», en: *Archiv für Begriffsgeschichte*, XXXIX (1996), 19-26.

beca para patrocinar el diccionario, el concepto de *Sattelzeit* oscurece, dice ahora su creador, más que alumbraba la teoría que subyacía al proyecto¹². La *Sattelzeit* no es ni una noción ontológica ni está uncida a un lenguaje nacional particular. Esta periodización no es sino un medio de estrechar y reducir el foco de los *Geschichtliche Grundbegriffe* y hacer su fin más manejable, puesto que este léxico busca determinar cómo los hablantes alemanes percibieron, conceptualizaron e incorporaron a su vocabulario aquellos cambios acelerados que tuvieron lugar entre la Ilustración, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Pero las transformaciones lingüísticas y los cambios estructurales no fueron exclusivos de Alemania. Desarrollos análogos ocurrieron en otras comunidades europeas, aunque las eras en que acontecieron pueden haber diferido y haberse extendido sobre períodos de diferente duración.

Sin embargo, la prioridad de este lapso de tiempo obedece no sólo a que nos sentimos todavía legatarios de la tradición surgida por entonces, a que representa nuestro hogar cultural, sino sobre todo a que con la emergencia de la modernidad afloran, como polos extremos, las dos categorías estelares, los trascendentales por antonomasia, de la historicidad y de la historia: «nuestras dos categorías [experiencia y expectativa] señalan la condición humana universal;... remiten a un dato antropológico previo [el recuerdo y la esperanza], sin el cual la historia no es ni posible, ni siquiera concebible. [...] Y con esto llego a mi tesis: la experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro. Las categorías son adecuadas para intentar descubrir el tiempo histórico también en el campo de la investigación empírica, pues enriquecidas en su contenido, dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político» (FP, 336-337). Estas categorías se han hecho visibles únicamente cuando han alcanzado la máxima asimetría, cuando no había posibilidad de entremezclarlas al estar una en las antípodas de la otra, fenómeno que sólo se constata con la explosión del progreso: «sólo se puede concebir la modernidad (Neuzeit) como un tiempo nuevo (neue Zeit) desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas hasta entonces» (FP, 342-343).

La actitud de Koselleck ante la *Sattelzeit*, esta franja horaria secular a horcajadas sobre esos dos umbrales temporales, 1750 y 1850, podemos comprimirla en una sola expresión: temor reverencial (Ehrfurcht). Es un

12 «Initially conceived as a catchword in a grant application for funding the lexicon, this concept mores obscured than advanced the theory underlying the project» (M. RICHTER, «Opening a Dialogue an recognizing an Achievement», p. 25; *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, ed. H. Lehmann/M. Richter, German Historical Institute, Washington, 1996).

cóctel donde se combinan la devoción por la matriz de la modernidad y el miedo por las patologías que ha producido. La vorágine de la modernidad hace que vayamos a la zaga de nosotros mismos y nos sintamos desfasados y obsoletos en un futuro que crece sin cesar y nos avasalla (FP, 16). En esta época veloz somos ya seres póstumos ansiosos de una nueva vida a la que también llegaremos tarde apenas la inauguremos¹³. Koselleck quiere contrarrestar los señuelos del progreso, neutralizar el poder de fascinación de la utopía negativa y demorar a la vez que optimizar la estancia en nuestra era, mirando por el retrovisor de la historia, avanzando sobre suelo firme y sin el apremio de pisar el acelerador para penetrar en *terra incognita*. Aceleración y planificación se jalean recíprocamente: «La supremacía de la historia, que corresponde paradójicamente a su factibilidad, ofrece dos aspectos del mismo fenómeno. Porque el futuro de la historia moderna se abre a lo desconocido, se hace planificable —y tiene que ser planificado—. Y con cada nuevo plan se introduce un nuevo elemento que no puede ser objeto de experiencia (Unerfahbarkeit). La arbitrariedad de la historia crece con su realizabilidad. La una se basa en la otra y viceversa. [...]. Por ello la historia (Historie) perdió su finalidad de influir inmediatamente en la vida. [...]. Esta anticipación subjetiva del futuro, deseado y por ello acelerado, recibió por la tecnificación y la Revolución Francesa un núcleo de realidad inesperado y duro» (FP, 62-64). El pronóstico relega al diagnóstico, la esperanza expulsa al recuerdo.

Koselleck, prudentemente, quiere poner bridas al curso desbocado y frenético de nuestra civilización. Frente al ritmo trepidante y vertiginoso reinante en nuestros días, confiesa su desiderátum: «Podría entonces suceder que una antigua determinación de relación volviera de nuevo por sus fueros: cuanto mayor sea la experiencia, tanto más cauta (vorsichtiger), pero también más abierta es la expectativa. Esto significaría, sin palabras grandilocuentes,

13 N. Bobbio ha traducido a su experiencia personal los efectos de la aceleración de nuestra era: «la marginación de los viejos en una época en la que el curso histórico es cada vez más acelerado, resulta un dato de hecho, imposible de ignorar. En las sociedades tradicionales estáticas que evolucionan lentamente, el viejo encierra en sí el patrimonio cultural de la comunidad, de forma eminente con respecto a todos los demás miembros de ella. El viejo sabe por experiencia lo que los otros no saben aún, y necesitan aprender de él, sea en la esfera ética, sea en la de las costumbres, sea en la de las técnicas de supervivencia. No sólo no cambian las reglas fundamentales que rigen la vida del grupo, referentes a la familia, el trabajo, los momentos lúdicos, la curación de las enfermedades, la actitud ante el más allá, la relación con los otros grupos, sino que tampoco cambian, y se transmiten de padres a hijos, las habilidades. En las sociedades evolucionadas el cambio cada vez más rápido, tanto de las costumbres como de las artes, ha trastocado la relación entre quien sabe y quien no sabe. El viejo se convierte crecientemente en quien no sabe con respecto a los jóvenes que saben» (*De senectute*, Taurus, Madrid, 1997, p. 27).

que se habría alcanzado el fin de la modernidad (Neuzeit) en el sentido de un progreso óptimo (optimierenden)» (FP, 356).

Fuera del flujo entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa ha expresado lo mismo con otros términos: «La historia (Historie) remite a las condiciones de un futuro posible, que no se pueden derivar simplemente de la suma de los acontecimientos aislados. Pero en los acontecimientos que ella investiga se perfilan estructuras que condicionan a la vez que limitan el campo de juego del futuro. Así la historia (Historie) muestra los límites de una posible alteridad de nuestro futuro (Andersartigkeit unserer Zukunft) sin por eso renunciar a las condiciones estructurales de una repetibilidad posible (möglicher Wiederholbarkeit). Dicho de otra manera, sólo se puede efectuar una crítica justificada a la autogarantía (Selbstgarantie) voluntarista de los planificadores utópicos del futuro si la Historie como *magistra vitae* extrae sus enseñanzas no sólo de las historias (Geschichten), sino también de las «estructuras de movimiento» de nuestra historia (Geschichte)» (FP, 152).

Contra la amnesia de los condicionamientos, la anámnesis. Contra la narración de la disponibilidad absoluta de la historia, la descripción de las estructuras¹⁴ impermeables a los sujetos agentes que los limitan y coartan. Frente a la prepotencia, responsabilidad. Frente al acontecimiento instantáneo y fugaz, la estabilidad y la duración de la estructura. El propio Koselleck no rentabiliza las enormes posibilidades de sus cuñas teóricas. Por un lado, le reprocha a O. Brunner su tentativa de alcanzar una transparencia absoluta entre el lenguaje conceptual y el lenguaje de las fuentes, y reducir entonces la relación entre ambos a una mera tautología¹⁵; el primero sería una mera

14 Koselleck ofrece varios ejemplos de estas estructuras: «formas de organización, modos de dominio que no suelen cambiar de hoy para mañana pero que son presupuesto de la acción política. O las fuerzas productivas y las relaciones de producción que sólo cambian a largo plazo y a veces a saltos, pero que condicionan y originan conjuntamente el acontecer social. Interesan también las relaciones amigo-enemigo en las que se incluyen la guerra y la paz... Aquí entran en relación con su disponibilidad técnica las circunstancias espacio-geográficas previas... Hay que mencionar las formas inconscientes del comportamiento que pueden estar guiadas por instituciones... También hay que citar las consecuencias naturales de la generación que... incluyen posibilidades para la formación de conflictos o para la fundación de tradiciones... Finalmente, vienen al caso las costumbres y los sistemas jurídicos que regulan a medio o largo plazo los cursos de la vida social o internacional» (FP, 144).

15 FP,113. El ataque de Koselleck a Brunner es demoleedor: «Meine These lautet, daß auch eine stringente, gerade eine stringente Begriffsgeschichte nicht ohne gegenwartsbezogene Definitionen auskommt. Das ergibt sich aus Brunners Werk. Eine quellsprachlich gebundene Darstellung der Verfassungsgeschichte wird stumm, wenn die vergangenen Begriffe nicht übersetzt oder umschrieben werden. Sonst handelt es sich um eine Textwiederausgabe alter Quellen im Verhältnis von 1:1, was nicht der Zweck einer Geschichtsschreibung sein kann. Übersetze ich aber oder umschreibe Begriffe wie Land und Leute, Haus und Herrschaft, Schutz und Schirm, so bin ich genötigt, sie für heute zu definieren. Auch jede umschreibende Interpretation läuft logisch auf eine Definition ex post hinaus» («Begriffsgeschichtliche Probleme der Verfassungsgeschichts-

réplica o reedición del segundo, iría a remolque de las fuentes y el entumecimiento que ello conlleva acabaría desvaneciendo tanto el valor gnoseológico como el valor propulsor del concepto. Pero, en lo que concierne a la historicidad de la propia historia conceptual, Koselleck defrauda por su falta de radicalización al no inquirir sobre la arritmia entre su lenguaje conceptual y la valencia estructural generadora de ese lenguaje. Jamás hay un acoplamiento total entre concepto y estructura; hay un ajuste imposible y un desajuste indeseable entre sus respectivos tempos —lo contemporáneo de lo no contemporáneo, la sincronía de la diacronía, la simultaneidad de lo anacrónico—. Estos tempos siempre divergentes y, sin embargo, en busca de una convergencia asintótica constituyen la ambrosía de la crítica. La *Begriffsgeschichte*¹⁶ no pone en discusión su proceso de autoconstitución; no ha querido someter ese proceso a una crítica en sentido kantiano. Desperdicia, por tanto, ese potencial al no problematizar en su propio caso las tensiones entre concepto y estructura y su perenne dinamismo. La estructura en la que emerge la *Begriffsgeschichte* se ha revelado como un estigma que lastra sus resultados y despierta suspicacias por un éxito soberbio sin voluntad de autocrítica. Estamos asistiendo al lastimoso espectáculo de desenmascaramiento ideológico de sus auspiciadores,

schreibung», en: *Gegenstand und Begriffe der Verfassungsgeschichtsschreibung*. Tagung der Vereinigung für Verfassungsgeschichte in Hofgeismar am 30./31. März 1981. Beiheft zu *Der Staat*, Heft 6 (1983), pp. 13-14). S. Chignola ha resumido con tino el meollo de esta objeción: «Nell'interpretazione di Koselleck, il tentativo di pervenire ad un'assoluta sovrapponibilità tra lingua concettuale delle fonti e concetti della rappresentazione storiografica —l'istanza "metodologica" che svolge le funzioni di premessa alla pratica della storia costituzionale in Brunner—, qualora coerentemente perseguito, non potrebbe pervenire che alla semplice *riedizione* delle fonti stesse. [...]. Koselleck cerca... di rompere il quadro brunneriano della possibilità di una trasparenza tra tempo dello storico e tempo delle fonti» («Storia concettuale e filosofia politica. Per una prima approssimazione», en: *Filosofia politica*, IV/1, giugno 1990, p. 22).

16 Aunque con matices, pues Chignola no ha tenido en cuenta los últimos desarrollos teóricos de Koselleck —donde sí ha hecho un «examen público y libre» de algunos, sólo de algunos, de sus inspiradores—, la recurrente impugnación aquí formulada me parece acertada: «Koselleck tenta costantemente di eludere, e cioè il problema della *storicità* stessa della storia intesa come *scienza*; [...] non giunge infatti a tematizzare il *problema* all'origine della deriva semantica della parola-concetto «storia». [...]. L'analisi dei fenomeni di temporalizzazione della coscienza storica riproduce una storiografia che si pretende esaustiva e limpida e che non vede la necessità di mettere in discussione la propria autocostituzione. Il problema cui si espone la semantica storica nella sua versione koselleckiana ci sembra allora quello di travisare la premessa stessa della storia concettuale: e cioè quell'avvertenza di indagare un concetto storico nella sua valenza strutturale, nell'autonomia del nodo che lo lega al tempo storico della sua vigenza determinata, avvertenza che sola consente di de-strutturare le pretese ricompositive della storiografica, esponendome contemporaneamente il carattere, a loro volta, *storicamente* condizionato. [...]. La prospettiva di Koselleck... rischia di essere perduto ciò che ci sembra rappresentare lo specifico della storia concettuale —perché Koselleck non perviene ad una radicalizzazione storico-concettuale dello stesso concetto di storia» (*op. cit.*, pp. 23-25).

a una caza de brujas invertida pero facilitada por las víctimas al ocultar su responsabilidad de verdugos, sea en su calidad de ejecutores, sea en su calidad de mecenazgo intelectual¹⁷.

En el más reciente artículo de Koselleck, *Del sentido y sinsentido de la historia*¹⁸, sitúa en su frontispicio una alegoría que merece ser evocada. Nos habla de una colección de cartas de combatientes alemanes en Stalingrado que no regresaron a sus hogares, pero cuyas postreras noticias —por así decirlo, necrológicas de sí mismos— fueron transportadas a Alemania con las últimas sacas del servicio postal. Goebbels retuvo este correo con la esperanza de editar una selección que diera testimonio del heroísmo de los desaparecidos. Estas cuatro o cinco sacas que contenían un par de miles de cartas jamás llegadas a sus destinatarios, han dejado una pléthora de interpretaciones, que pretenden en vano sonsacar a la catástrofe un sentido. La escala de variantes de su contenido va de la absoluta desesperación, comentarios sarcásticos e irónicas observaciones, al cinismo de las buenas palabras de esos próximos moribundos, de noticias letárgicas y sobrias a signos de humildad o profunda devoción. Proliferan el desamparo y el desvalimiento, y apenas se encuentran unas pocas adhesiones al régimen nazi, cuyas consignas de resistir habían dominado la publicidad oficial. Estamos, así pues, ante un amplio y disperso espectro de percepciones de aquel hito crucial, acerca del cual hemos sido informados mientras tanto por miles de libros, películas o vídeos.

17 G. ALY, *Macht, Geist, Wahn. Kontinuitäten deutschen Denkens*, Argon Verlag, Berlín, 1997. Aly se ocupa de dos prominentes historiadores, presidentes de manera sucesiva de la asociación alemana de este gremio, T. Schieder y W. Conze. Este último fue uno de los coeditores de *Conceptos fundamentales* y de los fundadores de la moderna historia social. Las investigaciones acerca de su biografía intelectual han hecho aflorar escritos inequívocamente pronazis, en los que aboga por una desjudaización de los pueblos polacos y por una política demográfica que significaba, al menos, discriminación y expulsiones, y de hecho genocidio. En 1943 fue incluso recompensado por su lealtad al régimen con una cátedra en la universidad de Posen. Lo que con posterioridad se bautizó como historia estructural se llamaba a la sazón historia popular (*Volksgeschichte*) y se proponía dar respaldo científico al pangermanismo ofendido por el pacto de Versalles. Estos trabajos de investigación y denuncia cuentan con el beneplácito de la prensa progresista alemana. Así en la reseña del precitado libro, el recensor, Peter Schöttler, sentencia: «Allein schon die hartnäckige Verdrängung nach 1945 und die wechselseitige Amnestierung einer ganzen Generation von Mitmachern, die —von seltenen Ausnahmen abgesehen— keinerlei Schuldbewußtsein äußerte, macht dies [eine andere Art von «Schlußstrich» zu ziehen und die Mitschuld der eigenen Zunft] zu einem dringenden Gebot» (*Die Zeit*, 28. März 1997).

J. VAN HORN MELTON ha destacado el clamoroso compromiso de Otto Brunner con el nazismo («Otto Brunner and the Ideological Origins of Begriffsgeschichte», en: *The meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, pp. 21-33).

18 «Vom Sinn und Unsinn der Geschichte», en: *Merkur*, 577 (1997), pp. 319-334; recogido también en: K.E. MÜLLER/J. RÜSEN, *Historische Sinnbildung*, Rowohlt, Hamburg, 1997.

Lo que hoy estamos inclinados a interpretar como falta de sentido o sin sentido, fue provisto a la sazón por testigos contemporáneos con vanas pretensiones de sentido. Muchos se afanaron en hallar en la obra póstuma de los masacrados la razón de ser de algo aún inescrutable. La realidad de la batalla no admitía esto. Lo más irrisorio en esta conmovedora antología es que se trata de una falsificación. Un oficial de propaganda bajo el mando de Goebbels tuvo conocimiento de estas agónicas cartas, pero las que publicó, salieron manifiestamente de su propia pluma. La falsificación, con dos ediciones a pesar de su autoría anónima, tuvo una gran acogida. Esta hábil ficción de las cartas bastaría para hallar en los lectores el asentimiento de que en Stalingrado imperaba la falta de sentido y de que así también fue experimentado por los propios implicados. Todas las interpretaciones ideológicas del lenguaje de propaganda de su tiempo y las que siguen prodigándose hasta hoy se desvanecen.

Vindicar la historia parece una osadía. El alud posmoderno arrasa la necesidad y la posibilidad del conocimiento, porque sugiere que no hay hechos objetivos, sino discursos o textos que se autorreciclan, remitiéndose circularmente a ellos mismos. Está de moda sembrar la confusión entre lo real y lo ficticio, alegando que la inteligencia y los sentidos humanos no son capaces de discernirlos. Pero esta estrategia gnoseológica light, ingenua en la superficie, puede encubrir en el fondo una posición política. La tesis de la incognoscibilidad de la realidad puede dar pábulo a la tesis de que el museo de los horrores de la humanidad es otro signo, otro discurso más o menos inexistente, sin asideros ni anclajes en el mundo real. Si el conocimiento objetivo es inalcanzable, resulta indiferente afirmar o negar los crímenes contra la humanidad. Desde luego, el conservadurismo de Koselleck no es de esta laya, ni tampoco es tan rudimentaria su epistemología. Suele recordar el abolengo kantiano de su noción de experiencia y de historia. Todo conocimiento comienza con la experiencia, pero la experiencia no es posible sin la percepción sensible y sin los conceptos, esto es, sin la formación de juicios¹⁹. Este doble cariz teórico del concepto kantiano de experiencia, que designa

19 «Pero el sano entendimiento únicamente con respecto a los objetos de la experiencia puede probar esta su superioridad, no sólo para aumentar *por medio* de la experiencia sus conocimientos, sino para ensanchar la experiencia misma, bien que no en sentido especulativo, sino meramente en el empírico-práctico. Pues en aquél necesita de principios científicos *a priori*; mientras que en éste puede haber experiencias, esto es, juicios, que la prueba y el error verifiquen continuamente» (*Antropología en sentido pragmático*, AK VII,140; ed. cast.: Alianza Editorial, Madrid, 1991, p. 15). Cf. R. Koselleck, «Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze», en: Chr. MEIER y J. RÜSEN (comps.), *Theorie der Geschichte. Beiträge zur Historik*, vol. 5, DTV, Munich, 1988, pp. 15-16. Además, es el carácter irreductible de la historia real frente al lenguaje o a la comprensión lo que separa, pese a sus obvias afinidades, a Koselleck tanto de la hermenéutica como del hegianismo.

tanto el campo unitario anticipable *a priori* del conjunto de los fenómenos como lo dado contingentemente, la realidad empírica y su conocimiento, posee afinidades electivas con el concepto de historia (Geschichte) que se forja en el último tercio del siglo XVIII, y que absorbe tanto la historia acontecida o vivida y la historia narrada o relatada. Este singular colectivo que funde en su crisol la historia contada y la historia factual, la reflexión y la realidad, deviene destino. La historia (Geschichte), antes ámbito del obrar y padecer humanos (*res gestae*), es peraltada a un poder equivalente al de Dios. La diferencia entre acción y narración desaparece con la irrupción de la supremacía de la historia en y por sí misma (Geschichte an und für sich), a la vez que ejerce una coacción prepotente para la asignación de sentido. Pero el destino sólo es implacable para los apologetas de una disponibilidad sin restricciones de la historia con la consiguiente usurpación de la responsabilidad: «la historia se distingue porque la previsión humana, los planes humanos y su ejecución se disocian siempre en el curso del tiempo. Guardémonos de rechazar en bloque la expresión moderna de la factibilidad de la historia. Los hombres son responsables de las historias en las que están implicados, sean o no culpables de las consecuencias de su acción. Los hombres deben responder de la inconmensurabilidad entre intención y resultado y es eso lo que le confiere un sentido profundamente auténtico al dictum *hacer la historia*» (FP, 262, 265-266).

Esta voracidad de sentido histórico es fácil de instrumentalizar políticamente. La historia no subvenciona plausibilidades ideológicas salvo si es violentada²⁰. Pero «la historia no es ni un tribunal ni una coartada»²¹. La indolencia, la inercia, la autocomplacencia, la impunidad comulgan perfectamente con el culto idolátrico al sentido o al sin sentido histórico. Sólo rescatando de su destierro a la proscrita falta de sentido (Sinnlosigkeit), es posible la primacía de la acción responsable: «intentemos hacer lo que podemos posibilitar nosotros mismos con sentido (sinnvoll) [esto es, con responsabilidad (Verantwortung)]» (*Vom Sinn*, p. 334). El sentido nos hace esperar con una fe ciega: «Pero afirmar que la historia por sí sola es una ejecutora de la moral continúa siendo una gran ilusión» (*Vom Sinn*, p. 332; FP, 258). El sin sentido nos hace desesperar.

Los conceptos son vectores teórico-prácticos, índices y factores, registros y propulsores, conservadores y transformadores. La *Histórica* de Koselleck

20 Koselleck se vale de la crítica ideológica (Ideologiekritik) nietzscheana al concepto de historia consistente en la despedida de cuatro axiomas de la filosofía de la historia que enfatizan la creación de sentido: la negación de la teleología o *causa finalis* y de la necesidad o *causa efficiens*, la censura de la sobrecarga de justicia en la historia y el ataque contra la metáfora de la edad («Vom Sinn und Unsinn der Geschichte», pp. 329-332).

21 «Vom Sinn und Unsinn der Geschichte», p. 334.

como catalizadora de la praxis posee un doble polo. En primer lugar, sigue fiel a la noción hermenéutica de acción como aplicación del sentido, y no cabe escapar de este círculo²². Comprender creencias y usos conlleva hacerlos inteligibles en nuestro marco de referencia; el intérprete tiene que relacionar el texto con su propia situación si desea entenderlo adecuadamente. Parece innegable que el historiador necesariamente relaciona lo que trata de entender con su propia situación hermenéutica concreta. Mas la *Histórica* no renuncia a intervenir estructuralmente, y, por tanto, a largo plazo pero no *sine die*, en el mundo, a transformar los datos previos responsabilizándose de los efectos²³. Koselleck subordina la crítica de la comprensión interpretativa a la participación en el movimiento de la estructura, pero no la suprime.

La historia conceptual no pierde la compostura en las luchas cainitas en las que suelen prodigarse los historiadores germanos. Koselleck no es un querellante, esquivo los duelos que exigen el enfrentamiento cuerpo a cuerpo y mantiene unas formas exquisitas en el trato con sus colegas. Y, sin embargo, alberga todos los ingredientes para estimular la reflexión sobre lo que podemos denominar, remedando a Kant, un «uso público de la historia o de la razón histórica». Koselleck ha convertido en tema la contradicción que siempre ha acuciado a Alemania, y que discrimina como partes antagónicas, por

22 «Ihr die Gegenwartsbezogenheit vorzuwerfen, ist vordergründig, da es sich grundsätzlich gleich bleibt, an welchem Punkt man in den hermeneutischen Zirkel einer historischen Untersuchung einsteigt» («Vorwort», p. IX).

23 «En la historia sucede siempre más o menos de lo que está contenido en los datos previos, en las premisas de base (Vorgegebenheiten). Sobre este más o menos se encuentran y deciden los hombres, lo quieran o no. Pero los datos previos no cambian por eso, y cuando cambian, lo hacen tan lentamente y a tan largo plazo (langfristig) que se escapan de la disposición directa, de la factibilidad» (FP,266). Por eso, Koselleck admite una doble historia efectual (Wirkungsgeschichte), la propiamente hermenéutica y la peculiar de la *Histórica*: «Pero la decisión de si un texto debe ser nuevamente interpretado o la ley incluso modificada, por la aparición de un nuevo estado de cosas, es un acto productivo que corresponde primeramente a la *Histórica* como fundamento teórico y sólo secundariamente a la hermenéutica. [...]. El historiador... se sirve básicamente de los textos sólo como testimonios para averiguar a partir de ellos una realidad existente allende los textos. Por consiguiente, tematiza, más que todos los otros exégetas de textos, un estado de cosas que en cualquier caso es extratextual, aun cuando él constituya su realidad sólo con medios lingüísticos. [...]. Cuando la *Histórica* aprehende las condiciones de una posible historia, remite a procesos a largo plazo (langfristige) que no están contenidos en ningún texto como tal, sino que más bien provocan textos. Remite a conflictos insolubles, fracturas, discontinuidades, modos elementales de comportamiento que se pueden bloquear [...]. Debemos diferenciar entre la historia efectual que madura en la continuidad de la tradición ligada a los textos y de su exégesis, por un lado, y, por otro, la historia efectual que, aunque posibilitada y mediada lingüísticamente, va más allá de lo que es asequible con el lenguaje. Hay procesos históricos que escapan a toda compensación o interpretación lingüística. Éste es el ámbito hacia el que la *Histórica* se dirige, al menos teóricamente, y que la distingue, aun cuando sea abrazada por la hermenéutica filosófica» (*Historia y hermenéutica*, pp. 90-93).

un lado, a quienes explican los desgarros de la civilización como un suceso natural producto de unas determinadas circunstancias; por otro, a quienes atribuyen esas heridas a personas que se conducían responsablemente. Es ineluctable que el espectro de Hitler lastre traumáticamente esta controversia. Ambos bandos alardean de motivaciones diversas. Los primeros encarecen una pulcritud y asepsia en el diagnóstico que lindan con la hipocresía de todo objetivismo historicista extremo. Los segundos profesan una pastosa pedagogía moralizante rayana en el moralismo. El uso público de la historia²⁴ abogaría por indagar, retrospectivamente, el significado de una imputación de responsabilidades en aras, prospectivamente, del entendimiento recíproco de los ciudadanos.

Una malversación del uso público de la razón histórica se aferraría a la creencia de que la capacidad de futuro de un pueblo es directamente proporcional a la solidez, esto es, a la incuestionabilidad de las tradiciones. Las pesquisas escépticas acerca del pasado suscitan la sospecha de una moralización encubierta que pone en peligro la estabilidad del circuito institucional. Por contra, el uso público no se arredra ante los riesgos de estos cortocircuitos y persigue la autocomprensión ético-política de los ciudadanos sin arrebatos moralistas. No es menester hacer de la historia un tribunal que dicte un juicio con efecto retroactivo de incriminación o absolución, sino de interesarnos por el pasado pensando en nosotros mismos y en nuestra relación presente y futura con los otros. Conviene esclarecer el humus cultural de la herencia que pesa sobre los contemporáneos para hacer aflorar responsabilidades, aunque sean en diferido y sólo asumibles solidariamente, y para saber qué cuota de las tradiciones que han configurado una ponzoñosa matriz de móviles bastardos continúa hoy pagándose a fin de impugnar su vigencia y someterlas a cuarentena.

La resolución de los problemas de imputabilidad no depende sólo de los hechos sino también de nuestras estrategias de observación, de nuestro modo de aproximación a ellos. Aunque Koselleck ha rechazado la subsunción de la

24 En un discurso de J. Habermas pronunciado el 10 de marzo de este año en Bonn —publicado en *Die Zeit* el 14 de marzo y en el número de abril de *Blätter für deutsche und internationale Politik*— con motivo de ser galardonado el libro de D.J. GOLDHAGEN, *Hitlers willige Vollstrecker*, con el premio de la democracia, habla de ese uso público de la historia (*Über den öffentlichen Gebrauch der Historie. Geschichte ist ein Teil von uns. Warum ein Demokratiepreis für Daniel J. Goldhagen? Eine Laudatio*). Aunque acaso desde otra orilla, Koselleck ha llevado a cabo audaces incursiones en las tierras movedizas del uso público de la historia. La última de ellas se escenifica en *Die Zeit* a propósito del futuro monumento recordatorio del holocausto a erigir en Berlín («Die falsche Ungeduld. Wer darf vergessen werden? Das Holocaust-Mahnmal hierarchisiert die Opfer», en: *Die Zeit*, 19-03-1998). La reacción del liberal y líder del Consejo central judío de Alemania, Ignatz Bubis, no se hizo esperar («Wer ist hier intolerant? Holocaust-Mahnmal: Eine Replik auf Reinhart Koselleck», en: *Die Zeit*, 2-04-1998).

historia bajo la hermenéutica, no por ello ha negado el recurso a las decisiones de sentido para contemplar y despejar cuestiones tales como cuál es el protagonismo de las personas o de las circunstancias en la visión retrospectiva de la historia, dónde ubicar la frontera entre libertad y necesidad (coercitiva), entre la culpa y la disculpa. El mérito del programa de Koselleck consiste en que no se ciñe a presuntas categorías antropológicas universales, sino que moviliza figuras de conciencia y de autoconciencia de un cierto contexto cultural. Esos modos de aproximación no pretenden registrar una realidad inmutable a la que tengamos que amoldarnos irremisiblemente, sino que más bien desvelan factores revisables y de revisión. Esta dimensión transformadora de tradiciones se compadece con la historia conceptual, aunque no es tal vertiente práctica la que constituye su máxima prioridad, o para ser más exactos, es la que aún requiere ser precisada, es su tarea pendiente. La *Historia conceptual* de Koselleck no posee malas entrañas a pesar de disimular a veces sus malas compañías.